

José Miguel Varas y sus Cartas Checas e Iraquies

Por: Wellington Rojas Valdebenito

Después de un larguísimo periplo por variadas geografías: Irak, Checoslovaquia, Indonesia, India, Corea del Norte, Líbano e Irlanda, por nombrar algunos puntos, José Miguel Varas (1928) ha recalcado en lo propio. Lo ha hecho en su labor primigenia: la radio, a la que llegó por primera vez en 1946, para pasar, años más tarde, a convertirse en la voz más escuchada del país, la que por trastornos en nuestra "cuerda historia", provenía, no del interior, sino de la ya mítica Radio Moscú.

Actualmente labora como encargado de documentación de "Radio Chilena". Sin embargo, este eterno hombre de radio es, fundamentalmente, un escritor de oficio. Notables son sus incursiones en el cuento, como es el caso de "Sucede" (1950) donde incorporó elementos de grandes novelistas de habla inglesa (Joyce, Hemingway, Dos Pasos), lo mismo vale para los relatos de su libro "Cahuín" (1946). Desde su retorno a Chile ha publicado dos libros de crónicas: "Las Pantuflas de Stalin" (1990) y "Neruda y el Huevo de Damocles" (1992).

Ahora incursiona en la novela. Prueba de ello es "El Correo de Bagdad" (editorial Planeta, Biblioteca del Sur, Santiago, 1994). Se trata de una novela que difiere bastante del trabajo de otros cultores chilenos del género: Estamos ante la presencia de una obra en que lo medular de su contenido está basado en epístolas. En efecto, Varas utiliza aquí algunos elementos que son parte de sus vivencias para adentrarnos en la interesante atmósfera de su novela. En el archivo del diario "El Siglo" son encontradas varias cartas fechadas en Praga que datan de los años 1960 a 1962. El autor de tan raro hallazgo es un periodista que decide darlas a conocer años más tarde, específicamente en 1973. La mano de quien escribe las cartas pertenece a un pintor mapuche: "El Huerqueo", el que junto a su esposa checa reside en Bagdad. El destinatario de las cartas es un tío de la checa, profesor de lenguas románicas. Después de cada epístola, Varas desarrolla su historia a través de comentarios del profesor checo. Así leemos algunas de las apreciaciones sobre los cambios experimentados en su amada Praga: "Hoy cuesta reconocer, saber como orientarse. Antes todo estaba claro, el mundo era ordenado, cada caso, cada persona en su lugar.

Un obrero era un obrero. Se vestía como un obrero. Hoy pueden estar sentados a la misma mesa un señor muy fino, de blancas manos, y a su lado, vestido con el mismo traje de novecientas coronas un obrero con las uñas sucias. En

el "Ambassador", donde antes venía el Archiduque a tomar el café ahora celebran bodas campesinas. Pero no de una rica familia de la aldea, cultivadores de lúpulo, con abuelitos, cuñados, sobrinos y suegros, sino de un tractorista y una lechera. Y la persona más importante no es el novio, ni la novia, sino el Presidente de la cooperativa, hágame el favor. O el secretario del partido. En vez de brindis discursos políticos...

En otras de sus misivas el profesor le hace un convite al Huerqueo para que visite Praga, ya que "anuncian para este año a uno de nuestros monstruos patrios chilenos, el "mero" Arrau. Toca la serie de sonatas de Beethoven sin respirar, sin mirar la partitura y sin perdonar ni la menor semifusa, con la exactitud de una computadora. Perdona esta pequeña profanación de sus sentimientos musicales. Los pianistas, los ajedrecistas, los militares y los filatélicos no son santos de mi devoción".

Los comentarios del profesor a las cartas del Huerqueo nos dan la posibilidad de leer páginas llenas de pintorescas mezclas románicas con un castellano extrañísimo, lo que da como resultado párrafos dignos del mejor humor de nuestra literatura. En las cartas del pintor mapuche, Varas nos narra las peripecias amorosas de su personaje, así como conflicto étnico-cultural al ser morador de una sociedad que le es ajena.

José Miguel Varas ha escrito una novela cuya lectura es un regocijo de principio a fin. Juntos a las sustanciosas descripciones de otras culturas se suma la ironía criolla, todo ello escrito con una prosa limpia y fresca propio de lo mejor de nuestros novelistas.